

les, á juzgar por los bajos relieves grabados en los templos, son la viva imagen.

El papel de los arios en Europa como en la India debió ser análogo, es decir, que llevaron á los pueblos invadidos no su sangre, sino su civilización y su lengua. Si no desaparecieron tan pronto como los árabes en Egipto fué porque la ley rigurosa de las castas evitó durante largo tiempo, ó por lo menos hizo muy lenta, su mezcla con los negros y los turanios que habían conquistado. Por lenta que fuese esa mezcla, debió acabar, sin embargo, en la sucesión de los siglos por absorber á los conquistadores.

Desde hace mucho tiempo no existen arios en la India. Cuando por comodidad del lenguaje y por conformarnos con la costumbre digamos de una población que es más ó menos aria, queremos decir simplemente que esa población es más ó menos blanca y se acerca al tipo de los europeos, sin igualar jamás, no obstante, su blancura.

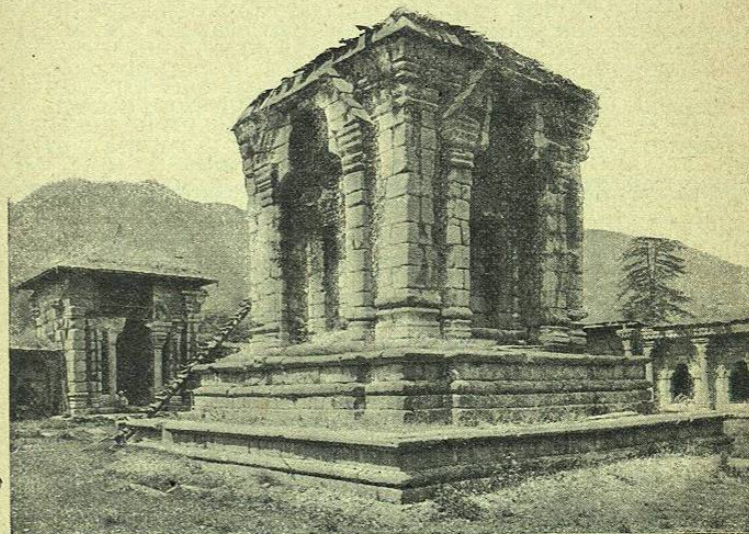
Si nada concreto sabemos sobre el origen de los arios, conocemos al menos su existencia por sus obras literarias ó por las de sus descendientes que penetraron en otro tiempo en la India. Hemos dicho más arriba en qué consisten; nos queda, tomándolas por base, probar á darnos una idea del estado social y del grado de civilización de los que las produjeron. Esta es la tarea que vamos ahora á emprender.

#### 4.º — LA FAMILIA EN LOS ARIOS

La familia y la raza formaban en la época védica la doble base de la sociedad aria. Ningún grupo intermedio de tribu, de clan ó de gobierno les separaba. Por encima de la familia no había más que la raza; por debajo de la familia no había nada, pues el individuo no tenía existencia independiente de la de sus antecesores y de sus descendientes. La unidad no era el hombre, era el padre con la madre y los hijos, que tenían tras sí las generaciones de que habían salido, y delante la larga serie de se-

res que debían nacer de su sangre y mantener su recuerdo y su nombre á través de las edades.

La religión misma toda no era sino el culto de la raza y de la familia. Los dioses se confundían con los antepasados. El matrimonio y la generación eran actos sagrados. La transmisión de la vida del padre al hijo por intermedio de la madre era el pasaje misterioso de Agni, fuego divino, principio fecundante, amo



Ruinas del templo de Martand (Cachemira), probablemente de principios de nuestra era. (Arte greco-indo.)

y creador del universo á través de las entrañas humanas para la perpetuación de la existencia eterna.

Unirse á una raza extranjera ó morir sin hijos eran las mayores desgracias entre los arios. Corromper la pureza de la raza era perder para siempre el parentesco divino que ligaba á todo ario con Agni. El dios en lo sucesivo sería sordo á las plegarias del que había osado ponerle á él, el principio de toda vida pura que circulaba, por así decirlo, en las venas de su pueblo, en contacto con los elementos groseros de que estaban formadas las razas inferiores. La alianza con las mujeres extranjeras consti-

tuía, pues, para los arios un crimen seguido de una maldición eterna.

Morir sin hijo varón acarrea consecuencias no menos terribles. El hijo, en efecto, aseguraba la inmortalidad á los antecesores por el culto que les dedicaba y los sacrificios que les ofrecía; si ese culto, si esos sacrificios se interrumpían, los manes de los padres caían en la nada y la familia cesaba de existir para siempre. En cuanto á las hijas, adoptaban, casándose, los dioses de otra familia; los abuelos á que oraban eran los de su esposo; en nada contribuían por consecuencia á la perpetuación de la línea paterna. Un hombre que moría sin dejar hijos perecía, pues, enteramente; no debía resucitar más allá de la tumba y arrastraba consigo las generaciones innumerables de sus antepasados á una irremediable ruina.

El parentesco con Agni, su papel como creador de la familia, la importancia de la pureza de la raza y la necesidad de dejar tras sí hijos capaces de ofrecer los sacrificios, todo esto está expresado por las citas siguientes del *Rig Veda*:

«Agni es el dueño de la ambrosía; es el amo de la riqueza. Es él quien proporciona una familia fuerte. ¡Oh Dios potente!, no sufres que nosotros, tus siervos, nosotros, estemos sin hijos, sin gracia, sin sacrificios.

»¡Ojalá nos rodeen de los favores del benévolo Agni! ¡Ojalá gocemos de una opulencia continua! ¡Oh Agni!, no hemos nacido de una raza extranjera é impía. No escojas otra ruta que la que conduce hacia nosotros.

»Si no fuera de la misma sangre que nosotros, vendría Agni en vano á buscar nuestras ofrendas y nuestros homenajes. Tiene derechos á la morada que le reservamos; que se presente á nosotros ese dios fuerte, triunfante, adorable.»

Para el ario todas las venturas terrestres y eternas provienen de una familia igual, próspera y numerosa. Las alegrías del hogar doméstico le parecen incomparables. No cesa de cantarlas, y cuando quiere pintar la gloria ó la felicidad de los mismos dioses no sabe tomar sus imágenes sino en la belleza y en la fidelidad de la esposa, en el poderío del padre, en su majestad como sacerdote, en la gracia y la sumisión de los hijos. Estas cosas hacen sus delicias, le llenan del todo, y véase por qué sus cantos

religiosos abundan en detalles sobre ellas y nos han permitido conocerlas tan bien.

Nada era tan importante entre los arios como los sacrificios ofrecidos por cada familia á los manes de los antepasados. Acabamos de decir que desde el momento en que se interrumpían esos sacrificios las almas de los muertos perecían y la familia misma se extinguía para siempre. El padre era quien llenaba las funciones de sacrificador; pero la madre tenía el derecho y el deber de ayudarle en la tarea y de partir con él la gloria. Recogía él sobre los flancos de las colinas las plantas nacidas bajo la misteriosa influencia de la luna y de las que extraía, por una preparación minuciosa y una lenta fermentación, el *soma*, licor celeste. Con el soma regaba el padre el holocausto, y como la llama pronta á extinguirse brillaba más viva al contacto de ese líquido espirituoso, como Agni se revelaba entonces más brillante y más fuerte, concluyeron por adorar al soma casi como al fuego y por dirigirle también himnos y plegarias. El *Rig Veda* está lleno de ellas.

«Celebrad con antiguos cantos á ese dios puro, que os presentan las obras santas encargadas de honrar á los dioses.

»Corre sobre el filtro de lana donde es purificado. Sostén del mundo, lo alaban los sabios como el mensajero de la oración de la mañana.

»Soma, manantial de pureza y de ventura, reside en los vasos del sacrificio. Reparte el toro su fecundidad en la manada; y él parece sembrar la plegaria.»

Consideraban que la carne de los holocaustos debía servir para la alimentación de los abuelos. Les era llevada por mediación de Agni; el fuego no la consumía sino para hacerla propia de ser ofrecida á los invisibles convidados de la comida mística. Dejar á los antepasados sin sacrificios hubiera sido tan monstruoso como dejar entre nosotros al padre ó la madre morir de hambre. Frecuentemente la familia comía alrededor de la hoguera humeante y asistía así con toda su raza á un mismo festín.

Puesto que la madre compartía con el padre los trabajos y los honores del sacrificio, podemos suponer que era casi mirada co-

mo un igual. Es evidente, según el modo como los *Vedas* se expresan al hablar de la mujer, sea como niña, sea como prometida, sea como esposa, sea como madre, que no era considerada como ese ser inferior é inconsciente de que habla más tarde con tanto desdén el legislador de Manu. Los *Vedas* hablan siempre de ella y de su papel con respeto.

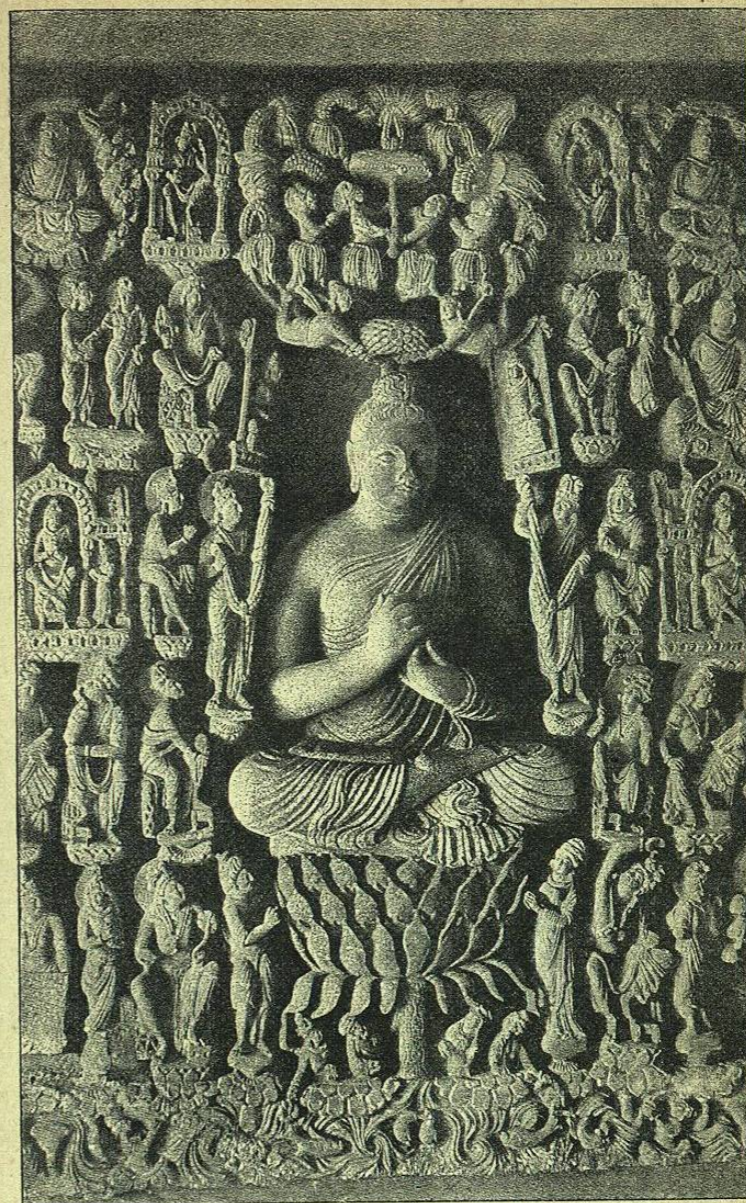
«Ven, ¡oh bella esposa!, ¡oh deseada de los dioses!, mujer de corazón tierno, de mirada encantadora, buena para tu marido, buena para los animales, destinada á engendrar héroes.

»Privilegio de la mujer es compartir con su esposo los honores del sacrificio.»

La monogamia parece haber sido la regla general entre los arios védicos. No obstante, á juzgar por lo que vemos más tarde, los príncipes y las gentes muy ricas tenían generalmente varias esposas. Lo que contribuyó sobre todo á introducir la poligamia entre los arios fué la necesidad imperiosa de tener hijos varones. El hombre á quien su primera mujer no daba más que hijas, se veía necesariamente en el caso de tomar una segunda.

La doncella escogía libremente su esposo, y hasta en el caso en que varios campeones se la disputaban en campo cerrado, como sucedía en ocasiones, era necesaria su autorización para combatir, y nada se hacía si ella rehusaba coronar al vencedor. En términos delicados pintan los *Vedas* el amor naciente y las primeras relaciones entre los mozos y las doncellas. Como para los arios no existía ninguna ventura ni en este ni en el otro mundo fuera de la familia, motivos de interés y de religión, es decir, los más poderosos de todos los que pueden influir sobre el alma humana, tendían á hacerles conceder la mayor importancia á todo lo concerniente al matrimonio.

Las ceremonias que lo acompañaban estaban impregnadas de ese carácter religioso que señalaba todos los acontecimientos de familia. Eran á la vez imponentes por la solemnidad de las plegarias y de los sacrificios ofrecidos y por la de los votos pronunciados, y alegres por el brillo de los trajes, el número de asistentes y las diversiones á que se entregaban. Un largo himno del



ESCULTURAS GRECO-BÚDICAS. — Alrededores de Peshawer

(Existentes en el Museo de Lahore)

*Rig Veda* está consagrado á su descripción. Cuando se ha leído ese himno, titulado «las Bodas de Surya,» parece casi que después de haberse transportado millares de años atrás en el curso de las edades, se ha asistido á una de esas antiguas fiestas de familia. Parece que se hayan oído la orden del sacerdote y las palabras que el novio dirige á la novia.

Al carácter imponente del padre como sacrificador se une una autoridad absoluta. Sus hijos le obedecen, no como esclavos, pero con ese respeto profundo que él mismo siente por los abuelos.

Cuando los padres están viejos é incapaces de trabajar, los hijos los alimentan como ellos mismos continúan alimentando á los abuelos por medio de los sacrificios. Esta cadena de deberes mutuos no se interrumpe jamás. Así todo lo que el ario pide es envejecer entre sus hijos y sus nietos. No teme mucho esa edad en que comenzará á participar un poco de la ventura apacible y eterna de sus antepasados.

#### 5.º — INSTITUCIONES POLÍTICAS Y SOCIALES DE LOS ARIOS

Al principio del período védico, cuando aún los arios no habían penetrado en la cuenca del Ganges, pero ocupaban las vastas llanuras del país de los siete ríos, regado por el Indo y sus afluentes, no existía entre ellos ningún vestigio de instituciones políticas, de castas ó de gobierno.

La base de su sociedad, lo hemos visto, era la familia, y esta sociedad misma se componía de toda la raza, sin ninguna distinción de funciones ó de clase. Cada padre de familia era á la vez sacrificador, agricultor y guerrero. Estas ocupaciones, que, separándose, debían crear las castas, estaban entonces confundidas. La riqueza, esa otra fuente de desigualdades sociales, no existía aún. Los héroes se hacían, sin duda, jefes en el momento de la acción; el más intrépido se ponía sencillamente á la cabeza de sus compañeros de armas. Pero cuando se había conquistado un espacio de tierra, cuando era preciso desenmarañarla

por el hacha y por el fuego y cultivarla en seguida penosamente, todos volvían á ser iguales ante la tarea común.

Sobre el nuevo territorio así obtenido se levantaba la aldea.

Las primitivas casas, hechas de tierra y tallos de bambú, cobijaban separadamente las familias que se mezclaron largo tiempo las unas con las otras en los campos. Quería después cada uno un pedazo de tierra; la partición comenzaba. Sólo los pastos continuaban de propiedad común y los rebaños de todos seguían pastando en ellos indistintamente.

Esta fundación de la aldea, esta división de los solos bienes que poseían entonces los arios, es decir, de los campos y de los animales, no engendró aún ningún grupo político ó social. El municipio fué simplemente la familia extendida. Los más ancianos entre los padres de familia se reunían para mantener allí el orden y decidir sobre las cuestiones importantes; pero sin pretender una autoridad propiamente dicha. Pronto al lado y encima de la aldea, sobre el flanco ó sobre la cresta del ribazo, se elevó la fortaleza, construcción grosera y pesada, generalmente de forma cuadrangular, en la cual se encerraba el jefe victorioso que había ensanchado el territorio y que debía velar por su conservación.



Estatua greco búdica de las proximidades de Muttra, probablemente del siglo X después de Jesucristo.

(Altura total, 1<sup>m</sup>,80)